

PREGÓN DE SEMANA SANTA (2010): COMO BUENA MADRE

Proclamation of Holy Week (2010): As a good mother

Autor: Efraín Oliva Benítez

Doctor. Universidad de Cádiz

Email: efrain.oliva87@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-8261-605X>

Recibido: 28/09/23 Revisado: 30/09/23 Aceptado: 04/10/23 Publicado: 30/11/23

Resumen:

Siguiendo con la línea iniciada en números anteriores de la recuperación de diversos pregones de la Semana Santa de Cádiz, le toca el turno a este escrito en 2010. El paso del tiempo (más de una década) no ha envejecido este trabajo de elaboración personal, mientras que lo ha dignificado en cuanto que se ha enriquecido con la perspectiva de los años. Es un trabajo de exaltación mariana, por aquel entonces de un joven estudiante que ha ido madurando y renovando su fe y predilección. Un ejercicio por recuperar este tipo de literatura que se nutre de la parte más espiritual y de la juventud fervorosa.

Palabras clave: Semana Santa, pregón, literatura.

Abstract:

Continuing with the line begun in previous issues of recovering various pregones of the Holy Week of Cádiz, it is the turn of this one written in 2010. The passage of time (more than a decade) has not aged this personally written work, but has dignified it in that it has been enriched with the perspective of the years. It is a work of Marian exaltation, at that time by a young student who has been maturing and renewing his faith and predilection. It is an exercise in recovering this type of literature which is nourished by the most spiritual part and by fervent youth.

Keywords: Holy Week, proclamation, literature.

Cómo citar:

Oliva, E. (2023). Pregón de Semana Santa (2010): como buena madre. *Gaditana-logía. Estudios sobre Cádiz*, 3 (5), 78-91.
<http://doi.org/10.25267/Gadit.2023.v3.i5.09>

1. INTRODUCCIÓN

Hay conversaciones que, sin duda, curan el alma y la mente. Una llamada de diez minutos para saber cómo estás y si va todo bien a priori no tiene más trasfondo que el interés de dos personas que se aprecian mutuamente. La magia se produce cuando de repente, de una conversación así, surge una publicación como esta.

Lo que van a leer no es más que un pregón. Un pregón cofrade. El por qué presentar aquí este pregón, trece años después de su lectura, es muy simple. ¿Cuántos textos de este tipo se quedan en el recuerdo de solo unos cuantos? ¿Cuántos textos de este tipo duermen en una estantería de una casa de hermandad o, a veces, ni siquiera eso? ¿Y por qué no difundir textos de este tipo, por su calidad humana e incluso, literaria? Esta es la justificación de esta publicación. Tan simple como dar visibilidad a un texto de este tipo que lleva, en este caso, trece años dormido en una estantería.

El pregón que van a leer se trata del XXXIII Pregón a Nuestra Señora de los Dolores de la Hermandad del Descendimiento de Cádiz, realizado y exaltado el 24 de septiembre de 2010 por este que les escribe. Y sí, se trata de una conversación entre un hijo y su Madre, de esas que curan el alma y la mente. Y como tal, es un texto cargado de emociones personales. Porque hablar de Descendimiento no es hablar solo del refugio y remanso espiritual de un servidor. Es también el entorno donde conecto con mi pasado (representado en mis abuelos y en mi padre adolescente), en mi presente (representado en mi compañera de vida y en mí mismo) y en mi futuro (representado por mi hijo). Es el espacio donde siento mi propia historia y la de mis seres queridos. Fue, como decía, una conversación que curó alma y mente donde sentí el calor, el agradecimiento y la emoción de los míos. Y los míos no solo son mi familia cercana. También eran mis hermanos cofrades, amigos de la adolescencia de mi padre y hoy amigos míos. Todos presentes, los que están y los que se fueron: Pedro, Paco, Antonio, Manolito, Pepe y Paco también. Y sus padres, amigos de mis abuelos. Y sus hijos, amigos míos. Es, por tanto, un texto escrito con el corazón y con el alma con el recuerdo de mis abuelos muy presente y, en especial, de mi abuela quien falleció meses antes y a la que dediqué un pasaje y el texto entero. Ese día curé y sané mi alma y mi mente. Además, ese día cambió mi vida por completo. Fue el comienzo de una nueva vida que me llevaría a ser la persona en la que me he convertido y en la que sigo evolucionando.

Como datos curiosos del texto, comentar que se concluyó dos semanas antes del día de la exaltación. Hasta esa fecha, solo tenía escrito el primer pasaje que, en un principio, era la idea completa para el pregón pero que se quedó corto. Es un pasaje en el que se ensalzan treinta y tres virtudes de una madre, inspiradas en las letanías del rezo del Santo Rosario. El corpus del pregón se basó en la profecía de Simeón de los siete dolores de la Virgen, trayéndolos a acontecimientos y momentos actuales. Mi pasaje favorito: la despedida. Decía que era la conversación entre una madre y un hijo. Pero aquella despedida la inspiró la que, siete años más tarde, sería la madre de mi hijo. Abuela, madre y esposa... O dicho de otra forma, tres generaciones de madres. Las madres, siempre las madres.

En definitiva, un pregón dedicado a las madres porque pocas cosas se le dedican. Un pregón quizás con la pluma torpe de las primeras veces, pero donde

volqué mi alma y mi mente buscando sanarla en una conversación espiritual entre una madre, refugio espiritual y ancestral (por lo que históricamente representa para mí) y un hijo. Sin más. Espero que lo disfruten.

2. EL PREGÓN

COMO BUENA MADRE...

Si nadie nunca, Dolores, fue capaz de verte sonreír es que nadie nunca fue capaz de sentirte como te siento. Si realmente nadie nunca se ha aferrado a tu reja y mientras te hablaba nunca ha visto tu divina sonrisa, como DIVINA y SANTA que eres, es que realmente nadie nunca te ha abierto su corazón de par en par ni te han contado sus males. Tú, que a pesar de tus Dolores sonrías a quien lo necesita, porque piensas que nadie nunca debe sufrir lo que Tú, por DOLOROSA y buena Madre. Por eso si nadie nunca, Dolores, fue capaz de verte sonreír es que nadie nunca supo que sus dolores los haces tuyos, y que estás ahí, como buena Madre de sus hijos, para hacer un trueque: una lágrima suya por una sonrisa tuya. Y si nadie nunca fue capaz de verla, nadie nunca sabrá lo bellísima que te pones cuando sonrías, sin elevar tu mirada, levantando tus pómulos rosados y mostrando poco a poco tus dientes de perla. Y así como van a saber que eres la más guapa y la más bonita de la Madrugá gaditana, ¿así como van a saberlo? Si le lanzaras al levante tu sonrisa cuantas cosas cambiarían, Dolores. Sonríele a Cádiz, que se enteren que eres REINA, AUGUSTA y EMPERADORA. Sé que, por HUMILDE, no te gusta destacar y llamar la atención, pero sonríe; sonríe porque tu Hijo, ya descendido, resucitará en tres días; recíbelo en tus brazos como SUDARIO DE AMOR y LLENA DE VALENTÍA. Sonríe porque, como anunciaron los profetas, el Hijo de Dios, que es tu Hijo, venció a la muerte con la propia vida. Sonríe, Dolores, porque tus fieles necesitan de ti un trueque: su lágrima por tu sonrisa.

Si nadie nunca, Dolores, fue capaz de oírte en el silencio, es que nadie nunca te habló con cariño y desde el cariño. Si nadie nunca se ha encaramado a tu reja como clavos ardiendo y no te ha escuchado decir ni una palabra, es que nadie nunca te ha contado su día a día como si estuviera hablando con su madre de la tierra en la sobremesa. Tú, que en el silencio de tu capilla eres capaz de mirar a los ojos y sanar, como buena ENFERMERA y CUIDADORA, con una única palabra, pues con una basta, y transmitir lo que sientes con una única mirada, pues con una a mí me basta, y ENTREGARTE de esa manera a tus hijos, como buena Madre. Por eso si nadie nunca fue capaz de oírte en el silencio es que nadie nunca se dio cuenta de que se puede confiar en ti como Madre, que con una mirada das tus lecciones de buena MAESTRA y SABIA instruyendo en el día a día de las cosas de la vida, porque como buena Madre, eres VIRTUOSA, dominas cualquier disciplina y cualquier materia, aunque no hayas tenido estudios. Y si nadie te ha oído, como van a saber que eres tú la CARIDAD para sus Penas, el CONSUELO del Afligido, el SERVICIO y SERVIDUMBRE de sus Dolores, la DIVINA PASTORA que es PILAR MAESTRO y FUENTE DE INSPIRACIÓN para cuidar y mantener el rebaño de sus vidas. ¿Cómo van a saberlo? Súbete a ese barco de caoba y alumbrada por la luna llena de Viernes

Santo grítalo a los cuatro vientos, que se entere todo el mundo de que estás aquí, que no te has ido ni un solo momento y no te piensas ir nunca de nuestro lado.

Y si es que nadie nunca, Dolores, fue capaz de notar tu enfado, es que nadie nunca supo hacerte una promesa verdadera y si la hizo, y la incumplió, nunca tuvo la fe ni la valentía de dar la cara y reconocer su error. Si nadie nunca se asomó a tu capilla, te miró, te saludó, te habló y no se dio cuenta de que, tras endeudarse contigo con una promesa incumplida le ignoraste enfadada, es que nadie nunca realmente te prometió algo que le doliera en el alma romper. Tú, que a pesar de tu enfado miras de reojo a ver cuanto lo siente quien se equivocó, para ver si verdaderamente le pesa en el alma, y vuelves a mirar y le perdonas, por PIADOSA y CLEMENTE, con esa coletilla de: “pero que no vuelva a suceder”, como buena Madre. Si nadie nunca fue capaz de eso, es que nadie te quiso como te quiero. Y si no te han visto enfadada, cómo van a saber que esperas PACIENTE el perdón de tus hijos, cómo van a saber que eres la PUERTA DEL CIELO por la que hay que pasar para llegar a la vida eterna. Cómo van a saber que eres el COBIJO del que viene a ti arrepentido. ¿Cómo van a saberlo? Dale fuerza a tus cargadores, ánimalos esa Madrugá del Viernes para que te paseen por Cádiz y que puedan saber todos que les quieras perdonar por sus pecados porque eres SENSATA. Aprovecha la ocasión y repárteles sensatez a todos aquellos que perdieron la fe o piensan que el que tiene fe está vacío de espíritu. Dale sensatez y perdona a todos aquellos que, sin intentar hacerte mal (por difícil que parezca), tiran por tierra el trabajo de toda una junta de gobierno o cualquier otra empresa para un interés personal. Dale sensatez a todos aquellos que en algún sitio perdieron la ilusión y se aferraron a las drogas. Y como no, a los políticos, para que sean capaces de encauzar de una vez por todas el futuro de esta ciudad. Repárteles sensatez a todos para que así, de tu mano, despierten de su letargo.

Y si nadie nunca, Dolores, fue capaz de ver en ti la belleza de tu espíritu es que nadie nunca se paró para mirarte. Si nadie nunca paseaba Sagasta abajo, o venía con prisa Sagasta arriba y se paró en la ventanita de tu capilla, te vio y no fue capaz de volverse y entrar por el umbral de Jerusalén, que es la puerta de San Lorenzo, es que nadie nunca supo apreciar con detenimiento las maravillas de tu presencia, como buena Madre. Tú, que eres el JOYERO que Dios guardó como oro en paño en la tierra, gema preciosa con tus ojos negros como el ónix, tus labios y tus mejillas rojas como el rubí, tu inocencia azul zafiro y tu esperanza verde esmeralda. Eres como el DULCE que un pastelero divino quiso poner en el mostrador de esta pastelería a la que llamamos mundo, porque, aun siendo dolorosa, dulce es tu semblanza mientras ves descender a tu Hijo al lado del Discípulo Amado que, compasivo, te abraza. Eres el EVANGELIO plástico y BUENA NUEVA hecha talla que Dios le dictó al martillo y al cincel de Francisco Buiza, y que tan bien supo plasmar. Cómo no pueden observarte detenidamente, si eres la ROSA NATURAL ESCOGIDA del jardín sagrado, llena de color, hermosa y sin espinas que puedan herir. Y si nadie fue capaz de verte así, cómo van a saber todo esto. ¿Cómo van a saberlo? Agárrate de mi mano que esta noche te llevo a pasearte por Cádiz para que todo el mundo te admire y te vean como te veo. Hoy quiero ser yo el discípulo que tu hijo tanto amó para ayudarte a superar tus Dolores.

Y quien oiga esto y sienta que su caso es parecido sabrá de lo que hablo. No es tan raro verte sonreír, no es tan extraño oírte hablar en el silencio de la iglesia de San

Lorenzo, es muy normal que si rompen una promesa contigo te enfades, y todo como buena Madre. Porque una madre es todo eso, y mucho más. Treinta y dos pregones te han consagrado la piedad de tus fieles, con el de esta noche ya son treinta y tres. Treinta y tres fue la edad con la que tu Hijo fue crucificado, muerto, descendido y sepultado. Treinta y tres años como treinta y tres virtudes de una buena Madre, como tú. Y si te das cuenta, treinta tres son las virtudes tuyas que he mencionado antes, que son las virtudes de una madre buena cualquiera. Y por eso mismo vaya mi pregón a las madres, y en especial a la mía. Porque una madre es todo eso, una madre es DIVINA, es SANTA, es DOLOROSA, es REINA, AUGUSTA Y EMPERADORA. Es HUMILDE, es un SUDARIO DE AMOR, es VALIENTE, ENFERMERA, CUIDADORA y ENTREGADA. Es MAESTRA, SABIA y VIRTUOSA. Una madre es CARITATIVA, es CONSUELO, SERVIDORA Y SERVICIAL, DIVINA PASTORA, PILAR MAESTRO, FUENTE DE INSPIRACIÓN. PIADOSA, CLEMENTE Y PACIENTE. Es PUERTA DEL CIELO, COBIJO, SENSATA, JOYERO, es un DULCE, es EVANGELIO, es BUENA NUEVA Y ROSA NATURAL ESCOGIDA. Todo eso por ser quien eres, todo eso por ser como eres, todo eso por una simple razón: todo eso porque eres MADRE.

PROTOCOLO E INTRODUCCIÓN

Los cultos. Hermano Mayor y mi Junta de Gobierno de esta mi queridísima Real y Venerable Hermandad y Cofradía de penitencia. Señor Director Espiritual y Párroco de San Lorenzo Mártir, D. Jesús García Cornejo. Rvdo. Padre D. Pedro Gordillo Vila, miembro de la Comunidad de los Sagrados Corazones en San Fernando que oficia Autoridades civiles y eclesiásticas, Hermanos Mayores de las cofradías que residen también en esta parroquia. Hermanos Mayores de las demás hermandades gaditanas. Comunidad parroquial. Familia, amigos cofrades y no cofrades que os habéis reunido aquí en la fe de Cristo Descendido, la Quinta Angustia y los Dolores de Nuestra Señora.

Qué difícil resulta enfrentarse a un blanco inmaculado de luto del medievo y teñirlo con el negro lúgubre para resaltar y exaltar la belleza y la divina presencia de la Virgen que desde pequeño fue mi devoción. Cómo dibujar en el blanco papel su blanco rostro y cómo definir con palabras y con la tinta negra de mi bolígrafo sus facciones. Qué difícil resulta, y eso que siempre supe decirle las palabras más bellas agarrado a los barrotes de madera de la reja de su capilla. Resulta difícil por la responsabilidad que supone que el primer pregón de esta índole que realizo sea para Ella. Resulta complicado por tener tantos sentimientos hacia Ella y no saber cómo expresarlos ni por dónde empezar. Resulta una responsabilidad tan grande por los grandes pregoneros que me han precedido en este ambón. Puedo citar como ejemplo a personajes tan ilustres de nuestra ciudad como D. Pedro Payán Sotomayor o el Rvdo. Padre Pascual Saturio. Cofrades señeros como Paco Moscoso, Miguel Ángel Novo o José Manuel Romo, y otros que, como yo, son hermanos de esta casa y sienten la cofradía, como Antonio Macías, con esa inolvidable conversación con su hermano Paco, al que tanto recordamos en esta hermandad; Jacinto Salas, nuestro Hermano Mayor, o Juan Manzorro, que recibe hoy la Rosa Natural por su maravillosa labor tras un micrófono cada Semana Santa. Espero no dejar de verte en la puerta de esta iglesia

en cada salida procesional, Enhorabuena. Además de todos ellos, no me podía olvidar, por supuesto, de mi antecesor y presentador en esta noche, Andrés García, que con su “batallón de niños del Descendimiento” nos quiso recordar que debemos ser nosotros quienes subamos los nueve peldaños de esas escaleras para desenclavar a Cristo y ponerlo en los brazos de su Madre. Para mí es todo un honor, y repito, una gran responsabilidad sucederte en este puesto. Gracias por tus palabras y tus consejos en estos días de vísperas.

Mis vivencias y experiencias en esta Hermandad son pocas, pero intensas. Llegué a esta cofradía de la mano de quienes mejor podía llegar: de mis padres. La Hermandad y Cofradía del Descendimiento está muy arraigada en mi familia, ya que mi padre llegó al seno de esta casa de Dios en el año 1974 como hermano de fila de aquellos de túnica y antifaz negro, capa blanca y fajín rojo; más tarde fue hermano cargador durante algunos años del paso de misterio y formó parte de la junta de gobierno, como lo hace en la actualidad. Mi madre, una vez casados, también se introdujo de lleno en esta hermandad y hace su estación de penitencia cada año. Como no, mis abuelos, que en gloria estén, colaboraron desinteresadamente y tanto como pudieron con esta cofradía. Tanto fue así que en el año 1994, y con motivo del 25 aniversario de la reorganización de la hermandad, se le reconoce a mi abuelo, Antonio Oliva, la inestimable colaboración para con esta casa durante ese largo tiempo. Por supuesto mis tíos también formaron y forman parte activa en esta hermandad. Conmigo comienza la nueva generación de nuestra familia en la cofradía, y llegué aquí ansioso por conocer y por formar parte activa también de ella gracias a las historias y anécdotas que me contaban mis mayores: Como aquella de cuando uno de los varones se descolgó de la cruz en plena calle Arquitecto Acero, o aquella otra de cuando subían la calle Novena con ese barco de caoba y plata (por aquel entonces) entonando el “Gloria, gloria aleluya”, o aquellas otras de la magna del 82, o de tantas y tantas excursiones que se organizaban y que tantas anécdotas graciosas y fotografías quedan para el recuerdo. Fueron tantas cosas las que me hicieron llegar hasta aquí que no podía ser de otra manera, me quedé enamorado y embelesado de su divino semblante el primer día que la vi. Ojalá llegue ese día que podamos verla pasear por las calles de Cádiz... que digo yo... un Sábado Santo por la tarde en un paso de templete gaditano, para que ojalá así todo el mundo pueda verla como la vemos sus fieles. No me quiero olvidar, por supuesto, de la Virgen de la Quinta Angustia que preside, orgullosa, nuestra Casa de Hermandad, y a la que ojalá muy pronto podamos rendirle culto en esta parroquia.

Formo parte de la junta de gobierno desde hace un par de años. A la junta de gobierno tengo que agradecer que depositara su confianza en mí para este pregón. Recuerdo con mucho cariño y emoción el día 10 de agosto, festividad de San Lorenzo Mártir, del año 2008 en el que esta junta tomara posesión jurando su cargo en la capilla del Descendimiento; día que me fue impuesta la medalla de la hermandad bajo los ojos protectores de la Virgen de los Dolores. En Semana Santa he salido siempre con el hábito negro (ya se perdió, tristemente a mí parecer, la capa blanca y el fajín rojo). Y sueño, desde pequeño, con el día que pueda hacer mi estación de penitencia bajo los palos del paso de misterio.

No quiero hablar mucho de mí, no debo ser yo el centro de atención en esta noche. Y por eso mismo me van a perdonar si no me dirijo a ustedes, si no a Ella, que

es a quien rendimos culto. Solo decirles que siento profunda emoción y estoy algo nervioso. Perdonen si balbuceo o se me traba la lengua y si se me escapa alguna lágrima espero que lo comprendan. Sé que puede haber alguien que no confíe en mí, yo he puesto en estas letras toda mi ilusión y mi buen hacer, y si Ella me sonríe una vez finalice, yo quedaré contento.

LA CORONA DOLOROSA

Qué bonita te ves hoy. Realmente estás bonita siempre, pero hoy, será la emoción de estar contigo casi a solas, que te veo radiante. Engalanada de esa manera, como solo tú mereces. No hay dolor que empañe tu hermosura hoy. Tú, que tienes el corazón atravesado por siete puñales de dolor, ninguno te puede doler en esta noche.

Y aunque ninguno te pueda doler hoy, seguro que ninguno de esos puñales ardientes te duele más que cualquiera de los siete dolores que pasan tus hijos y tus fieles. Tú, que como dije antes, no quieres que ninguno de tus hijos pase más dolores que los que tu pasaste (como buena Madre) te armas de valor y sacas uno a uno los siete puñales de los corazones de aquellos que te quieren tanto y que cada Madrugá te colman de bendiciones y te lanzan sus peticiones mientras te miran a los ojos.

PRIMER DOLOR: LA PROFECÍA DE SIMEÓN

El primero de tus dolores corresponde a la profecía hecha por el profeta Simeón: “Este niño está puesto para ruina y resurrección de muchos de Israel, y una espada atravesará tu alma”. Cuando supiste que tu Hijo vendría al mundo para morir por los pecados del ser humano, tu alma sintió clavar una daga ardiente, la primera de siete. Qué dolor no sentirías, Madre, al recibir tal noticia. Qué dolor no sentirías mientras lo veías sonreír acurrucado en tu pecho, sin saber lo que el futuro le deparaba, inocente y tierno, sabiendo tú que tendría el más cruel y despiadado de los castigos, y todo por nuestros pecados.

Tú, Madre, tú que no quieres que tus fieles pasen por tus dolores, piensa en aquellas madres que ven a sus bebés crecer sabiendo que tienen una enfermedad terminal, o aquellas madres y aquellos padres que ven nacer a sus hijos sin esperanza de vida o ya fallecidos. Tú que no quieres que pasen por esos dolores, Madre, les quitas el puñal del primer dolor. Y para que veas que esto es cierto, leí en una noticia no hace mucho la historia de unos padres. Ella estaba embarazada de mellizos, niño y niña. Impacientes los dos por llegar al mundo nacen prematuros. La niña nace sin complicaciones, pero el niño no ve la luz, pues nace, tristemente, muerto. Su madre, con su padre siempre a su lado, le pide al médico que quiere abrazarlo mientras todavía guarde calor. Lo coge en su regazo y empieza a hablarle entre lágrimas, como si nada hubiera ocurrido, como si realmente estuviera vivo. Le decía que tenía una hermanita, que estaba bien, y todo lo que querían que él fuera de mayor. De repente, el niño suelta un suspiro. La madre, asombrada, mira a los médicos. Su respuesta fue rotunda: “Es una reacción normal, no hay ninguna esperanza”. Ella, al oír esas palabras, sintió clavarse en lo más hondo de su alma una espada que le atravesaba. Pero no desistió, quería seguir con su hijo en brazos. Y, seguro que sin creerse aún que estaba muerto, empieza a amamantarla. Ayudándose de sus dedos le abría la boca para

que la leche llegara al fondo de su pequeño cuerpo inerte. Y Tú, Dolores, que viste esa cara de dolor en sus padres, que viste que aún así seguían teniendo esperanzas, sacaste ese puñal de su corazón y, sorprendentemente para todos, el niño agarró el dedo de su madre. Cinco meses después el niño y su hermana tienen una vida completamente normal, como si nada de aquello hubiera ocurrido.

Prueba clara de que tus dolores, Madre, no quieras que sean los de tus hijos.

SEGUNDO DOLOR: LA PERSECUCIÓN DE HERODES Y LA HUÍDA A EGIPTO

El segundo de tus dolores fue La persecución del rey Herodes y la huida a Egipto. Cuánto dolor tuviste que soportar sabiendo que tu Hijo, Rey de reyes, era odiado por Herodes, rey de Galilea y quería matarlo, siendo aún un bebé. Cuánto dolor tuvieron que sentir también aquellas madres que, inevitablemente, tuvieron que ver como sus hijos varones menores de dos años caían ante las espadas de los soldados del rey. El Ángel Gabriel te dio la noticia y huiste con tu Hijo en brazos, sin separarte de él y hundiéndolo fuerte en tu regazo para protegerlo. Egipto era la salvación, Egipto era el lugar donde labrar un nuevo porvenir para tu Hijo, aún bebé. Egipto era el bálsamo que aliviara el dolor de la segunda llaga de tu corazón.

¿Cuantas personas hay en este mundo que huyen aterradas ante cualquier amenaza de cualquier rey Herodes y buscan su Egipto particular? Sabes, Madre, que son muchos y por muchas causas.

Cuántos hay, Dolores, que huyen de la amenaza del paro, del hambre y la miseria, buscando el trabajo como tú buscabas Egipto. Cuántos cogen a sus hijos en sus brazos, apretándolos fuerte en su pecho, transmitiéndoles paz y protección, y huyen a Egipto, que es Castellón, o huyen a Cataluña, que es Egipto, para forjar una nueva vida y un futuro próspero para sus hijos.

Cuántos niños hay en este mundo que huyen de las garras del rey Herodes, que es la muerte, y buscan en un plato de comida su Egipto salvador. Y cuántos son los misioneros que como si fueran Gabriel, dejan sus vidas para ayudarles a huir y salvarse. Dale fuerzas a esos hombres y mujeres de Dios, imagen viva y latente del espíritu del amor cristiano, para que no desistan en su empeño, pues seguro que resulta difícil.

O cuántas mujeres, santas e inocentes, huyen del rey Herodes de su marido maltratador. Cuántas mujeres ven llegar su hora bajo la amenaza de muerte de un bruto animal que no merece la vida, y que cada golpe se convierte en un puñal que atraviesa su alma y en una espada de un soldado galileo que la mata poco a poco, como a aquellos Santos Inocentes de Judea. Cuántas son las mujeres que buscan su Egipto en un teléfono de ayuda, en una asociación de mujeres, en sus propias familias. Cuántas se afellan a sus hijos para protegerlos y darles un futuro sin violencia doméstica. Cuánta educación necesitan estos niños, cuantos nuevos conceptos deben aprender de la vida. Y cómo puede ser que, en los tiempos que estamos tan avanzados y tan progresistas, todavía sea la mujer el “sexo débil”. Un hombre no sería capaz de aguantar la mitad de tus dolores, Madre. Un hombre no sería capaz de parir como una mujer. Ese dolor, que no duele tanto cuando se oyen los llantos del que viene, estoy

seguro que para cualquier hombre sería insoportable. Y cómo puede ser la mujer el sexo débil, cómo puede ser la mujer un carro de remolque del que el hombre deba tirar. A todo aquél malnacido que crea eso que pare y piense: Tú que estás en el mundo no es por manos de un hombre, es por vientre de una mujer, que es tu madre. Tú que tanto veneras a tus hijos, entiende que no vinieron al mundo por tus manos, sino por el vientre de una mujer. Y tus nietos, de igual manera, vendrán no de la mano de un hombre, si no del vientre de una mujer. ¿Qué más necesitas? La vida no tiene un nombre, tiene varios nombres. La vida, que es de género femenino, tiene nombre de MUJER.

TERCER DOLOR: JESÚS PERDIDO EN EL TEMPLO, POR TRES DÍAS

El tercero de los puñales que atraviesa tu corazón es aquél que te produjo la pérdida del niño Jesús en el templo, durante tres días. Cuánto dolor tuviste que sentir pensando que tu Hijo, tan niño, andaba desaparecido en un lugar donde transita tanta gente. Cuántas cosas debían pasar por tu cabeza pensando en lo que le podría estar pasando, si se lo habían llevado, si tenía hambre y frío...

Y cuántos padres y madres, Dolores, estarán pasando por este tercer dolor viendo que en su casa, cada noche, les falta un hijo que anda perdido, secuestrado o quien sabe dónde. Cuántas, Dolores, cuántas lágrimas no habrán resbalado por las mejillas de esas madres que todavía ven que a las diez de la noche no está su hijo acostado, que no está jugando en su rincón o que ahora preparan un plato menos de comida. Si no, Madre, dime que puede ser de los padres de Jeremi Vargas, el niño canario que lleva desaparecido desde el año 2007, o el conocidísimo caso de Madeleine, desaparecida en el mismo año. Y si no, el reciente caso de Marta del Castillo, que a pesar de que sus padres saben cuál es su estado, quisieran encontrarla para darle el descanso que merece.

Ya sabes que tu Hijo estaba entre los doctores hablando en el templo, donde se quedaron asombrados con su sabiduría. Ojalá esos niños desaparecidos y tantos otros que no conocemos que andan perdidos por el mundo estén sentados alrededor de muchos sabios y doctores aprendiendo de la vida. Ayuda a sus padres a no desistir y desesperar en su búsqueda. Y a aquellos que se sienten perdidos en el camino de la vida, dales la mano y llévalos más adelante del cruce donde se perdieron, indícales el camino y sonríeles, para que puedan seguir adelante.

CUARTO DOLOR: MARÍA ENCUENTRA A JESÚS CARGANDO CON LA CRUZ

Calle de la Amargura, le dicen. Y cómo no va a ser amargo ver a tu Hijo cargado con ese madero al hombro, con esa corona de espinas, maltratado e insultado. Cuarto dolor, Madre, el cuarto puñal que atraviesa tu alma. Tu Hijo, por la salvación de la humanidad, acepta cargar sobre su hombro una cruz, que lo lleva camino al monte Calvario donde será ejecutado. Cuánto dolor debiste sentir en ese momento que lo viste pasar por aquella calle. Cuántas lágrimas de cristal no derramarías. Y cuánto dolor sentirías al ver a tu Hijo clavar sus rodillas en el suelo no una, ni dos... sino tres veces.

Piensa, Madre, en cuantos de tus hijos fieles pasan por la Calle de la Amargura cargando con su cruz a cuestas. Cuántas madres no vivirán tu dolor viendo a sus hijos andando de esa manera por la calle más amarga. Cuántos llevan sobre sus hombros, por ejemplo, el peso de la cruz del desempleo. Tú misma debes saberlo, que tuviste durante unos meses a un grupo de parados encerrados en los salones de esta iglesia. Cuántos llegarán a su casa después de recorrer esa callecita larga con la cruz a cuestas con caras de desolación, maltratados por esta sociedad capitalista en la que vivimos, llorando sin tener donde aferrarse. Cuántas madres llorarán lagrimitas de cristal viendo a sus hijos pasar por ese calvario. O cuántos cargan la cruz a cuestas de las drogas, cuántos jóvenes se han encerrado en ese mundo, y no pueden salir, cargando con el madero de la drogodependencia. Y cuántas madres llorarán sabiendo que sus hijos viven con ese problema, cuántas no querrían, como Tú hubieras querido, salir a su encuentro y quitarles la cruz de encima. Cualquiera que sea la cruz, cualquiera que sea la calle de la Amargura. ¿Cuántos no sufren viendo llegar, al fondo de la calle, su ejecución en el monte Calvario?

Y si no, piensa en esos que caen no una, ni dos... sino tres veces en el camino. Ponles un Simón de Cirene a su vera para que les ayude. Y a esas madres desconsoladas, ponles el hombro y el brazo de apoyo de tres santas Marías, como Tú tenías, para que no se sientan solas mientras andan y ven andando a sus hijos cargados con la cruz en esa calle de la Amargura. Y haz que esa callecita tan larga se haga cuesta abajo y no llegue al monte Calvario, si no a la salvación y al indulto de sus penas.

QUINTO DOLOR: LA CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR.

Llegamos al quinto dolor, Madre. Quizás puede ser el que más daño te haga. Como profetizaran las voces de Dios en la tierra, tu Hijo fue crucificado y muerto. Tratado como un vulgar ratero fue crucificado entre dos ladrones. El golpe del martillo en los clavos hacía que se hundieran en Sus muñecas y Sus pies, y ese sonido, que retumbaba en todo el monte Calvario, hacía que el quinto puñal se hundiera lenta y dolorosamente en tu pecho. Cuánto dolor no sentirías, Madre, a la vera de la cruz cuando tu Hijo expiró encomendándose al Padre, preguntándole que por qué le abandona, y viendo como el cielo se rajaba en dos mientras el puñal de tu pecho terminaba de hundirse profundamente en tu alma.

Tanto dolor sentirías como esas madres que ven a sus hijos morir crucificados en una cama de hospital tras una larga enfermedad, crucificados en un coche tras un accidente, crucificados en un vaso de alcohol o en las drogas. Cuantos dolores no sufrirán esas madres mientras sus hijos dan el último suspiro y ven el cielo rajarse en dos, y sienten que sus almas quedan atravesadas por mil dagas ardientes. Dicen que sobrevivir a un hijo es muy doloroso. Hazles a esas madres pasar el mal trago de la manera más esperanzadora posible, recuérdales que tras el cielo rajarse en dos, produciéndose la tempestad viene la calma, y que esa calma la produce Tú, porque seguro que esos hijos llegaron a una vida mejor sentados cerca del Padre agarrados de tu mano.

SEXTO DOLOR: MARÍA RECIBE A JESÚS BAJADO DE LA CRUZ

Sexto dolor, Madre. Después de soportar ver a tu Hijo morir, y aunque suponga una sexta llaga en tu corazón ya malherido, estás deseando de recibir a Jesús en tus brazos, tras ser descendido de la Santa Cruz por esos buenos y santos varones, José de Arimatea y Nicodemo. Allí estaban contigo, como en cada Madrugada del Viernes Santo, María Magdalena llorando desconsolada, María Salomé y María Cleofás que vivieron tan de cerca tus dolores, y como no: San Juan, que es para ti como un hijo y para Jesús su discípulo más querido.

Ya bajan envuelto en un sudario su cuerpo inerte para que lo recojas en tus brazos y le puedas limpiar las heridas, aunque no esté vivo para agradecértelo. No haces más que llorar y llorar mientras le abrazas, le besas, miras incrédula todo lo que le han hecho, y vuelves a abrazarlo como diciéndole: “Tranquilo, mi vida, que estoy contigo”.

Y aquí no puedo hablar de otra cosa que no sea el dolor que te produce ver que tus hijos, que somos hermanos, no predicamos tus doctrinas y las de Cristo con el ejemplo de querernos unos a los otros, de no ser envidiosos y de no ser soberbios ni egoístas entre nosotros. Si una HERMANDAD es un grupo de devotos, y a los miembros de la hermandad se les llama hermanos, ¿por qué los hay que interponen sus intereses personales a la fe en Ti y en tu hijo, Cristo Descendido, e incluso olvidan una profunda amistad de años? Sabes Madre, que la cofradía ha sufrido bastantes años malas gestiones que provocaron que hace unos tres o cuatro años tocara fondo. Ahora que parece que la vamos reflotando poco a poco, trabajando ardua y duramente, que nos hacemos notar con verbenas populares, que hemos conseguido adquirir una nueva mesa para el paso (que buena falta le hacía), cambiando algunas cosas que quedaban obsoletas y anticuadas para seguir renovándonos (siempre mirando lo mejor para la hermandad), por qué, ahora que estamos todos remando hacia la luz, hay algún hermano, hijo tuyo, que quiere dejar de remar con nosotros e incluso rema hacia el lado contrario. Sé de sobra y de buena tinta que nunca se olvidó de Ti y que todo lo hace por tenerte más cerca. Fuiste y eres su vida, y lo serás hasta el día que falte. Pero seguro que te duele ver a tus hijos así. Te pido, como hijo tuyo, que también te quiero y eres mi vida, que te sientes y hables con él tranquilamente, en cualquier mañana que tú veas oportuna, y le hagas llegar el sentimiento de esta junta de gobierno, que somos sus hermanos ante Ti. Ábrele los ojos, tú que tanto lo quieras, que no se ciegue y que vea que nunca le negamos que siguiera formando parte del seno de esta cofradía y que nunca le impedimos que remara con nosotros. Háblale y dile que ser Hermano Mayor de esta cofradía no es la única manera de tenerte cerca y de ayudarte. Cuéntale que existen mil maneras de ayudar, y una es no hacerte sufrir de esa manera. Hazlo, Madre, habla con él, que seguro que a ti te escucha y ojalá pueda entrar en razón.

A quién mejor vamos a recurrir si no es a Ti, que tanto y tanto nos quieres. Por eso en este dolor no solo quiero que nos quites el puñal que nos produce ver esta situación, si no que queremos aliviarte el dolor, porque para una madre ver que sus hijos, que somos hermanos, están peleados seguro que produce más dolor que cualquier otra cosa en este mundo.



SÉPTIMO DOLOR: LA SEPULTRA DE JESÚS

Por fin llegamos, Madre, al último de tus dolores, y no por ser último es el menos doloroso. Ha llegado el momento de que el cuerpo de tu Hijo, crucificado y muerto, sea sepultado. Cuánto dolor sentirías mientras limpiabas con ungüentos y perfumes su cuerpo, lo envolvías en una sábana santa y lo dejabas recostado sobre una piedra en aquel sepulcro propiedad de José de Arimatea. Cuánto dolor no sentirías cuando rodaron sobre la puerta aquella enorme piedra que hacía que el séptimo puñal se clavara, por última vez, en tu alma hecha pedazos.

Allí tuviste que dejarlo, Madre, allí te acordabas de todos los momentos vividos mientras llorabas. Allí te acordabas de lo que te dijo Simeón, de cuando huías a Egipto con él en tus brazos, de cuando se perdió en el templo y lo encontraste a los tres días, de aquella calle de la Amargura, de aquellos clavos que se hundían en sus muñecas y en sus pies o de aquel abrazo sin respuesta una vez descendido de la cruz. ¿Y cuántas cosas buenas, Madre? ¿O sólo te acuerdas de lo malo? ¿Tú crees que él quisiera que recordaras los malos momentos? Acuéstate de lo bueno, Madre y sé feliz, piensa que a los tres días lo encontrarás de nuevo, esta vez no hablando con los doctores, como en el templo, si no en tu propia casa, siempre contigo allá donde vayas.

En este dolor, Madre, tengo que acordarme de tantos buenos amigos que han dejado el mundo terrenal para estar más cerca del Padre y más cerca de ti. Como no acordarme de Paco Macías, que fuera Hermano Mayor de esta corporación. Como no acordarme también de Manolito Santiago, cuántas veces iba a García de Sola 17, donde yo vivía, a pelarme cuando era pequeño. Y tantos otros que se han ido y con los que no tuve tanto trato como con ellos. Desde aquí vaya mi recuerdo.

Evidentemente no me podía olvidar de mis queridos abuelos, Antonio y Teresa. Mi abuelo siempre estuvo aquí cuando se le necesitó, porque era así de bueno. Mi abuela también estuvo aquí para lo que se le necesitó y para más. ¿Tú crees, Madre, que mi abuela va a querer que recordemos de ella los malos momentos? Yo creo que ella, esté donde esté, quiere que la recordemos por todo lo bueno que tenía. Ella, con su pelo blanco y su sonrisa tierna, querrá que la recordemos por sus manos de santa para cocinar, por su arte, por su gracia, por su salero, por ese cariño que nos daba. Ella, que a pesar de tener su pie malo miraba antes por nosotros que por sí misma cuando íbamos a cuidarla... Yo, a los tres días, la volví a encontrar mientras dormía, y sé que viene conmigo allá donde yo vaya, como tu Hijo contigo, Madre.

A ella quiero rendirle un homenaje. Días después de su muerte, recibo en mis manos un cuadro que perteneció, en su día, a Manolo Santiago. El cuadro, con marco negro, era nada más y nada menos que una foto en primer plano de la cara del Cristo del Descendimiento. Esta fotografía preside muchas casas de los hermanos de esta cofradía: Una presidió la habitación de mi abuela, otra preside la habitación de mis padres y ahora que ha llegado está a mis manos preside y presidirá mi cuarto allá donde viva. El cuadro tiene algo muy especial en el reverso, un manuscrito de mi abuelo con la letra de la saeta que mi abuela cantaba en cada salida de Viernes Santo por la tarde en la puerta de la iglesia. Está firmado por ella y data del año 1980. Treinta años después, y tras su muerte, llega el cuadro a mis manos. Treinta años después tengo la suerte de pregonarte y exaltarte, Madre mía de los Dolores, y no podía tener menos detalle con ella. Contaba que alguien la grabó un día cantando, y

que esa cinta no se sabe dónde está. Aprovecho la ocasión para decir que si alguien aquí presente conoce el paradero de esa grabación que por favor me haga una copia. Nunca la escuché cantando saetas, su voz fina y aguda seguro que retumbaría en toda la calle Sagasta y por Hospital de Mujeres abajo. Incluso, yo diría que la Madrugada del Viernes Santo de este año la escuché cantar desde un balcón del cielo mientras salían del dintel los faroles de cera azul que flanquean las esquinas del paso. Sea como sea, cantara o no cantara, la escuchara o no, me conformo con oírla hoy, aunque sea en una voz diferente:

“CRISTO DEL DESCENDIMIENTO,
TÚ QUE TANTO PODER TIENES,
DALE SALUD A ESTOS NIÑOS
PA SACARTE EL AÑO QUE VIENE”

Saeta, Teresa Correro

1980

NO TE QUIERO SOLTAR...

Ahora que te tengo agarrada de mi mano, no te puedo soltar. Ahora que por fin no nos separa una reja y te puedo hablar a la cara, no te pienso soltar. Ahora que por fin me sentí como el discípulo amado que te abraza y te consuela no te quiero soltar. Pero se está acercando, inevitablemente, la hora de finalizar estas letras.

Y es que me siento tan feliz estando a tu lado que el tiempo se pasa volando, y no te quiero soltar. Me miras como diciéndome “Es que no nos queda otra”, pero es que no lo puedo evitar. Sé que tengo que irme a mi casa y Tú a lo alto de tu altar. Pero... ¿por qué? ¡Con lo feliz que soy! No me vayas a hacer llorar. Estoy tan emocionado, que no te quiero soltar. Me siento tan realizado habiéndote dicho tantas cosas que me cuesta la vida, y me niego a que se terminen aquí estos minutos de felicidad. Me niego a que se acaben así tantas noches sin dormir que he estado dándole una y otra vuelta a cómo escribirte, si te gustará, si te llegará al corazón para curar tus siete llagas. Me es imposible, no te quiero soltar...

Me despido de ti, Madre, pero no es un hasta siempre porque, como todas las semanas, volveré a la iglesia para verte. Es un hasta luego, porque la semana que viene estaré postrado en tu reja de nuevo. Gracias por este momento que me has brindado. Gracias, Madre, por todo lo bueno que me das. Perdona todo aquello que no te gusta de mí. Cuídame bien a mí y a todos los que me rodean y me quieren bien, y a los que no me quieren bien ten piedad de ellos. Ayúdame en el camino de la vida, Madre, ayúdame con mis problemas y muéstrame siempre el amparo de la felicidad.

Mírame, Madre, mírame que ya me despido. Ha llegado la hora. Sonríeme, para que pueda irme contento. Mírame fijamente, que por el cielo ya no quiero estar, quiero posarme a tu vera porque Tú eres cielo para mí. Acurrúcame, Madre, cada noche, como solías hacer, y dime aquello de “buenas noches, que descanses, que tengas dulces sueños y que sueñes con los angelitos”. Dame un beso fuerte en la mejilla, de los que están dados con amor, de los que se clavan chirriantes en el oído y que se clavan cariñosamente en el alma. Guíñame tus ojos negros contenta y vuelve a

tu altar, que te están esperando tus fieles, y no te quiero acaparar. Una cosa más te pido, con cariño y con fervor, déjame despedirte como mi abuela me enseñó: No me dejes Madre mía, hasta morirme en tu amor.

HE DICHO.